



“Selección supernatural”: La evolución e ir a la iglesia

por Christopher T. Baglow, PhD

Director del programa de masters en estudios teológicos
y profesor de teología de Notre Dame Seminary, New Orleans

“Oí a todas las creaturas que hay en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar —todo cuanto existe—, que decían: ‘Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la Gloria y el poder, por los siglos de los siglos’ (Apoc 5:13).

“Hay muchas pruebas científicas a favor de una evolución que se presenta como una realidad que tenemos que ver y que enriquece nuestra conciencia de la vida y del ser como tal» (Papa Benedicto XVI, “La evolución no responde a todas las preguntas del hombre, reconoce el Papa”, *Zenit: el mundo visto desde Roma*, 27 de julio, 2007 <http://www.zenit.org/article-24454?l=spanish>).

Introducción: Llevando a Darwin a la iglesia

En la edición de 1907 de la *Catholic Encyclopedia* [Enciclopedia católica], en un artículo titulado “*Evolution*” [Evolución], la posición de la Iglesia católica en lo referente a la teoría científica de la evolución es sorprendentemente resumida por E.

Wasmann de la siguiente manera: “[La teoría evolutiva] está en *perfecto acuerdo* con el concepto cristiano del universo” (*The Catholic Encyclopedia*, cf. “*Evolution*” [v.d.t.]). Esta declaración hace, por supuesto, que uno pida una mayor explicación y puede dejarnos algo escépticos. “*Perfecto acuerdo*” es una frase muy fuerte. Pero este perfecto acuerdo tiene un sentido perfecto si cambiamos las últimas palabras de la cita de “del universo” con “de la participación en la Misa”. La manera en la que la teoría evolutiva explica los orígenes y diversidad biológicos de todos los seres vivos, incluyendo nuestros propios cuerpos, es asombrosamente parecida al porqué deberíamos ir a Misa y recibir la Eucaristía tan a menudo como se requiere e incluso a diario. Como espero demostrar, ir a la iglesia no es otra cosa que la supervivencia supernatural del más apto.

Desafortunadamente no existe en la mente de muchos fieles una conexión entre la asistencia a Misa y la vitalidad espiritual; y la obediencia ciega son siempre cimientos poco firmes sobre los que sostener una obligación perpetua. Pero quizá, en nuestra

sociedad científicamente avanzada y bien educada, la simetría entre la evolución en el mundo natural y el crecimiento personal en la vida de la Iglesia, el orden de la gracia al que podemos denominar “la semilla y germen” del reino de Cristo y de Dios nos puede ayudar a revelar lo esencial y vivificante que es verdaderamente esta obligación de ir a Misa (Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, no.5, http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html). Tanto la naturaleza como la gracia provienen de Dios, de forma que deberíamos esperar un patrón similar entre ellas. Creo que entender la evolución es crucial para ver esa simetría y nos muestra lo tan esencial que es ir a la iglesia para aceptar una vida nueva y eterna en Cristo incluso ahora mismo, mientras vivimos nuestra vida natural.

La evolución biológica a la luz de la fe

Antes que nada, aclaremos cualquier rumor que exista acerca de la incompatibilidad de la fe católica y la biología evolutiva. Algunos creyentes que no se sienten cómodos con la teoría científica de la evolución le tienen desconfianza porque ofrece una explicación natural de la maravillosa diversidad de los seres vivos. Creen que cuanto más podemos explicar “naturalmente”, menos puede hacer el Creador. Si uno afirma que una especie de insectos ha llegado a existir mediante los procesos naturales evolutivos, entonces ven esto como una explicación rival a decir que Dios es el

Creador del mundo y de todo lo que en él existe.

En otras palabras, algunos ven a la naturaleza y a Dios como si estuvieran compitiendo entre ellos. Este error tiene sus bases en un fallo a la hora de entender las nociones fundamentalmente importantes de causalidad primaria y secundaria. En la gran obra de teatro de Dios titulada “La historia y el universo”, la causa primaria (el autor, Dios) crea su historia *a través* de las acciones de las causas secundarias (sus criaturas). Es por esto que no tendría ningún sentido preguntar: “¿Existe esta especie de insectos porque evolucionó o porque Dios creó el universo de esta manera?”. La respuesta es “ambos, tanto el uno como el otro”, y no “uno o lo otro”.

Desde luego que Dios puede actuar directamente sin hacer uso de causas secundarias. Pero el uso que hace Dios de las causas naturales revela su poder, inteligencia y habilidad de una manera aún mayor que si él causara directamente todas las cosas.

Si Dios produjo el universo mediante un único acto creativo de su voluntad, entonces su desarrollo natural mediante las leyes implantadas en él por el Creador es para la mayor gloria de su divino poder y sabiduría. . . . Dice Santo Tomás de Aquino: “La potencia de una causa es mayor cuanto más remotos sean los efectos que surgen de esta” (*Summa contra gentiles*, Lib.3, c. lxxvi); y Francisco Suárez dice: “Dios no interfiere directamente en el orden natural, donde las causas secundarias son suficientes para producir el efecto pretendido” (*De opere sex dierum*, II, c. x,

n.13) (Wasmann, Erich. "Catholics and Evolution". *The Catholic Encyclopedia*. Vol. 5. New York: Robert Appleton Company, 1909. 19 de abril de 2011, <http://www.newadvent.org/cath-en/05654a.htm> [v.d.t.]).

La Iglesia ha enseñado siempre que existe un orden natural que proviene de Dios y que, cuanto mayores los poderes y potenciales que Dios ha implantado en la naturaleza, con mayor fuerza demostrarán su poder y grandeza.

¿Existe una palabra que pueda resumir esta relación de "ambos, tanto el uno como el otro" de causalidad entre Dios y las criaturas de manera tan vivamente ilustrada en la evolución biológica? Sí existe y es una palabra que usamos repetidamente cuando vamos a la iglesia. La palabra es "amén", una palabra que expresa "tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros *como* nuestra confianza en Él" [énfasis añadido] (*Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición [© 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C.] [CIC], no.1062). Tanto la fidelidad de Dios hacia las criaturas como la respuesta de las criaturas a Dios. En la evolución natural vemos el "amén" de Dios hacia sus criaturas en la habilidad de estas de ser causa de otras criaturas. En el crecimiento, variación y adaptación real de plantas y animales al medio ambiente, el cual a lo largo de billones de años ha hecho surgir una multitud innumerable de diversas especies en nuestro planeta, vemos el "amén" de estas hacia Dios a medida que se dan cuenta del propósito de Dios al crear el universo, "porque Dios no tiene otra

razón para crear que su amor y su bondad" (CIC, no.293).

Esta habilidad de decir "amén" al participar del designio de Dios sólo la pueden tener las criaturas gracias al poder y presencia de Dios en la creación, mediante el mandato de la Palabra de Dios y la presencia del Espíritu de Dios. Sólo cuando Dios pronuncia su propio "amén" pueden las criaturas responder con su "amén" a su participación en el designio divino. Algunos ateos ven en el largo período de la existencia del universo antes de que apareciera vida en él evidencia de que no existe un Creador divino. Pero los católicos pueden ver que este largo período es algo muy distinto y mucho más asombroso—es una larga respuesta, un "amén" sostenido y magnífico que crece, ofrecido por las criaturas en respuesta a la poderosa Palabra de Dios y su Espíritu omnipresente. Estos billones y billones de años simplemente revelan que les lleva muchísimo tiempo a criaturas finitas pronunciar su "amén", mientras que el "amén" de Dios es perfecto y eterno, y no le lleva nada de tiempo pronunciarlo.

Un coro de "amén" cada vez más grande. Desde este ángulo, la evolución del universo y de los seres vivos suena ¡como lo que tiene lugar en la iglesia! Pero esto es mucho más evidente cuando reconocemos que el drama de la evolución está incompleto si nos fijamos sólo en la vida no-humana. La evolución lleva hasta la aparición encarnada de la imagen de Dios: los seres humanos. Ninguna de las muchas criaturas vivientes cuyos orígenes y relaciones descubrimos mediante la lente de la teoría de Darwin puede decir

“amén” a Dios de la misma manera que Dios dice “amén” a la creación, excepto una. Sólo una de las criaturas que la ciencia puede estudiar es capaz de decir “amén” a Dios con inteligencia y libertad. Al “amén” de la creación le faltaría su más perfecta expresión si no existiese una criatura que pueda recapitular el “amén” que ofrece la creación a Dios en la misma “melodía” con la que Dios se lo dice al universo — con raciocinio y libertad, consciente de sí mismo y con amor—. El “Gran Amén” de la creación somos nosotros mismos. Cuando damos nuestra respuesta consciente, inteligente y libre durante la Misa estamos llevando todo el desarrollo de la creación a su cumbre.

Selección supernatural: la liturgia y el resurgir de la vida eterna

Para establecer la relación entre la evolución y la fiel asistencia a Misa, recordemos que “ir a la iglesia” es dicho con mayor precisión como “participar fielmente en la liturgia”. He aquí lo que significa la palabra “liturgia” en el pleno sentido cristiano de este concepto, basado en su significado “secular” original.

Leitourgia (la raíz griega de la palabra *liturgia*) significaba originalmente un trabajo realizado por unos pocos en nombre de muchos. . . . “Obras públicas llevadas a cabo por un individuo por el bien de la comunidad . . . sería *leitourgia*”. Cristo llevó a cabo una obra en nombre de los intereses vitales del clan al que decidió pertenecer —la familia de Adán y Eva— y su liturgia continúa en la actividad que realiza su cuerpo. . . . Por la gracia

bautismal somos incorporados a la humanidad sagrada de Cristo, su Espíritu es derramado en nuestros cuerpos y somos constituidos en uno sólo de una nueva raza. . . . *La liturgia es la obra de Cristo haciéndose nuestra* [énfasis añadido] (David W. Fagerberg, “*Theologia Prima: The Liturgical Mystery and the Mystery of God*”, *Letter and Spirit* 2 [2006]: 58-59 [v.d.t.]).

Dada nuestra mirada a la evolución natural desde la perspectiva divina, la naturaleza “ambos, tanto el uno como el otro” de la liturgia cristiana debería provocar un *déja vú*. Al igual que la gloria de Dios es revelada en la creación mediante el establecimiento y guía por parte de Dios de las causas secundarias que llevan a buen término la intención divina, así también en la asistencia fiel a la Misa el sacerdote celebrante, los sacramentos y todos los elementos de la liturgia se convierten en causas secundarias mediante las cuales Dios nos selecciona, adapta y gradualmente nos acomoda para un medio ambiente inimaginablemente nuevo: el cielo. La liturgia es el ambiente necesario para una evolución supernatural en la que nos convertimos completamente en lo que ya somos por el Bautismo—una “nueva raza”, hijos e hijas de Dios, llenos de la vida divina (véase Rom 6:1-11).

Dios, en su omnipotencia, nos habría podido salvar de una manera que no se pareciera en nada a la forma en la que creó el universo. Pero Dios no es simplemente perfectamente poderoso; también es perfectamente consistente. Nos redime siguiendo un diseño que es completamente armonioso con la manera en la que nos ha creado:

haciendo que participen causas secundarias y comenzando una nueva etapa de la evolución que trasciende los poderes y capacidades del mundo creado.

Asombrémonos de este diseño compartido. En la creación Dios estableció un ambiente que hace que finalmente las criaturas evolucionen para ser capaces de ser su imagen y semejanza, y seguidamente las agracia con un alma espiritual. En la redención el Hijo de Dios asume los elementos naturales y los transforma en un nuevo ambiente, la liturgia de la Iglesia, el cual hace que las criaturas evolucionen para ser capaces de alcanzar el reino de Dios. En la creación elementos tales como la tierra y el agua constituyen aquello de lo que surge la vida. En la liturgia las realidades naturales, como el agua, el pan, el vino y el aceite, son supernaturalizados para formar un nuevo ambiente y al interactuar con este ambiente supernatural la vida eterna emerge en todos aquellos que creen llegan “participar de la naturaleza divina” (2 Pe 1:4).

Tanto la creación como la redención comienzan con una única forma de vida. El mundo de las criaturas vivientes comenzó con un solo organismo que, conteniendo en sí toda la vida, difuminó esa vida en sus crías y descendientes. En la liturgia y a través de ella el único hombre, Jesucristo, contiene en sí toda la vida eterna y difumina esa vida en todos aquellos que creen y que nacen de nuevo en él.

Tanto la creación como la redención consisten en un progreso que va desde formas de vida simples a más complejas.

En la evolución la materia comienza como organismos simples mono-celulares que finalmente evolucionan hasta ser formas de vida más complejas. Mediante la asistencia fiel a la Misa los miembros de la Iglesia progresan hacia un entendimiento cada vez más profundo de la verdad de Dios y hacia una forma de vida cristiana cada vez más diversa y más excelente. Al ser enviados a evangelizar, los miembros de la Iglesia añaden a la Iglesia una variedad cada vez creciente de razas, idiomas, pueblos y culturas humanas.

Pero la evolución supernatural también parece desarrollarse de una manera que contrasta con la evolución natural a la vez que mantiene la simetría que existe entre ellas. La evolución natural es más la imagen reflejada de la liturgia que su imagen exacta. En la evolución la única forma de vida se convierte en muchas; en la liturgia las muchas formas de vida humana se convierte en una en el único Cuerpo de Cristo. En la evolución la simplicidad lleva a la diversidad que divide a las especies; en la liturgia lo que está dividido es re-unido a la vez que mantiene su diversidad. En la evolución el organismo único que posee la vida tiene éxito al sobrevivir transmitiendo esa vida; en la liturgia Aquel que tiene la plenitud de la vida eterna en sí tiene éxito al transmitir esa vida al morir y al hacerse a sí mismo el alimento que nos fortalece para la vida eterna en la Misa.

La idea de la evolución nos ofrece una analogía convincente, con similitudes y diferencias entre la creación y la liturgia. Nos ayuda a comprender lo que la Iglesia quiere decir cuando denomina a la Eucaristía, y

a la liturgia durante la que la recibimos, la “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (CIC, no.1324).

Por supuesto que esta comparación entre la evolución en el mundo natural y en la liturgia revela también un hecho negativo. Tal y como lo reconoció Darwin, algunas criaturas no se adaptan a su ambiente y se extinguen. Aquí vemos porque la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, nos reta con el requisito de asistir a Misa los domingos y días de precepto y nos anima a asistir más a menudo, incluso diariamente, si podemos y somos capaces. Ella recuerda las sobrias palabras de nuestro Señor acerca del ambiente celestial al que estamos destinados: “Yo les aseguro que muchos tratarán de entrar y no podrán” (Lc 13:24). La liturgia nos adapta a un nuevo hábitat para el cual nuestras vidas naturales por sí mismas no nos pueden preparar.

La liturgia no siempre, quizá incluso no a menudo, se siente como la gloria y gozo que esperamos en la vida eterna. La evolución en el mundo natural es tan lenta que los miembros de las especies evolutivas no se dan cuenta completamente del cambio. De igual

manera, nosotros no experimentamos un cambio radical cada vez que vamos a Misa. Esto es así porque la evolución que trae consigo la liturgia nos lleva a una adaptación a la gracia lenta y de por vida. Pero no olvidemos nunca la razón por la cual vamos a la iglesia: en la liturgia, especialmente en la Sagrada Comunión, la nueva criatura en la que nos estamos convirtiendo es alimentada y un nuevo “genoma supernatural”, en un proceso que los Padres de la Iglesia identificaron sin temor como divinización, emerge en nosotros.

El libro reciente del doctor Baglow, *Faith, Science & Reason: Theology on the Cutting Edge* [Fe, ciencia y razón: teología de última generación] (Woodridge, IL: MWTF, 2009) está disponible en www.pelicanconnection.net. (Para más información sobre la evolución y su relación con la fe católica, véase el capítulo 8 del libro del doctor Baglow: *“Going ‘Deeper than Darwin’: Faith and the Origins of Living Things* [Profundizando más que Darwin: la fe y los orígenes de los seres vivos], 166-199).

Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington, D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.

Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido extraídas de la página Web oficial del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.